

Mario Vargas Llosa

El placer de escuchar y conversar

Silvina Espinosa de los Monteros

El pasado 28 de marzo de 2006, el escritor peruano celebró su cumpleaños número setenta. Tres días antes su hija Morgana contrajo nupcias por lo que la familia —normalmente diseminada a lo largo y ancho del planeta— se reunió en Perú a celebrar por partida doble. O quizá triple, ya que después de varios años sin poder entrar al país que lo vio nacer debido a un proceso legal originado por criticar el gobierno de Alejandro Toledo, el mayor de sus tres hijos, Álvaro, viajó de República Dominicana a Lima para sumarse a los festejos.

Muchas cosas han sucedido desde hace siete años cuando las afinidades electivas me pusieron en el camino de Mario Vargas Llosa. En la primavera de 1999, yo me encontraba vagando por París. Aún no habían nacido las novelas *La fiesta del Chivo* (2000) y *El paraíso en la otra esquina* (2003) ni su ensayo literario *La tentación de lo imposible* (2005). Nadie imaginaba el ataque terrorista a las Torres Gemelas de Nueva York y mucho menos la invasión estadounidense en territorio iraquí.

Como a tantos otros jóvenes seducidos por las artes, la Ciudad Luz me estaba deslumbrando hasta el punto de dejarme casi ciega. A semejanza del escritor barcelonés Enrique Vila-Matas, quien años más tarde declaró que durante su estancia en París había sido pobre e infeliz, yo, por aquel entonces, experimentaba lo mismo. Era rehén de una compleja maraña económico sentimental nada ajena para los aprendices de poetas, novelistas, músicos, cineastas, escultores y pintores de todo el mundo decididos a instalarse en la capital francesa.

Mientras transitaba por París, un desfi-

le de nombres relampagueaba en mi cabeza: Rainer Maria Rilke, César Vallejo, Pablo Picasso y Jim Morrison. Todavía no sé por qué en ese orden. En otra ráfaga mental aparecían Scott Fitzgerald, Ernest Hemingway y Henry Miller, el de los trópicos. Encandilado por el colorido y la intensidad solar, de pronto irrumpía García Márquez bailoteando a ritmo de vallenato, Cortázar soñaba encontrarse con la Maga y Vargas Llosa, más circunspecto que los otros, revelaba a sus boquiabiertos lectores *La verdad de las mentiras*.

Sueño lúcido, fantasía encarnada, la ficción nos completa, a nosotros, seres mutilados a quienes ha sido impuesta la atroz dicotomía de tener una sola vida y los deseos y fantasías de desear mil.

Durante la segunda quincena de marzo y la primera de abril de 1999, me hospedaba en el Hôtel du Brabant de la Rue des Petits Hôtels, cerca de la Gare de l'Est. Si bien el costo del alquiler era barato, necesitaba con urgencia una especie de pen-

sión o buhardilla para reducir los gastos. Como resultado de un viaje previo a través de Europa y el norte de Marruecos, había tomado la decisión de quemar mis naves. Vendí todo lo que tenía en México y regresé a París, esta vez para quedarme.

Luego de varios intentos tanto en la Embajada de México como con conocidos que prometieron hacer lo posible para recomendarme, mi rutina consistía en desayunar un *croissant* con café, leer el periódico, caminar sin rumbo fijo y tratar de no angustiarme por la paulatina pero contundente reducción de mi capital financiero y emocional.

UN IDEAL DE PARAÍSO

Pese a la tensión del equilibrista sin red, mi recompensa diaria consistía en subirme al metro y transbordar a la línea catorce que va de Madeleine a la estación de nombre kilométrico: Bibliothèque François Mitterrand. Más que un transporte subterráneo, dicho trayecto evocaba la atmós-

fera de un viaje espacial. En vez de trenes, naves con tecnología de punta volaban a toda marcha hasta la última parada donde me bajaba y dirigía mis pasos rumbo a la Biblioteca Nacional de Francia, a fin de charlar con mis fantasmas.

A lo largo de casi un mes no había intercambiado palabras con nadie. Fuera de las solicitudes de trabajo, mi ideal era leer hasta el cansancio y recorrer sitios alejados de las rutas turísticas. De milagro había obtenido una tarjeta anual de estudiante para entrar a la biblioteca. Quien ha estado por ahí, sabe que la planta arquitectónica está trazada sobre un imponente rectángulo delimitado por cuatro enormes edificios, en cuyo centro yace una hectárea de jardín que brinda sus respectivas dosis de solaz y verdor a las personas ubicadas en las salas de lectura.

Como mi intención era devorar la mayor cantidad de libros a mi alcance, con frecuencia visitaba la Sala de Lenguas Extranjeras que, a pesar de no tener ventanales dirigidos hacia la zona arbolada, constituía un área por demás cómoda. A un costado del módulo de computadoras provistas de internet, se desplegaba una serie de veintitantos anaqueles de doble vista, con el propósito de que los lectores eligieran a voluntad los libros de su interés.

Era 9 de abril de 1999. Una fecha difícil de olvidar. Armada con una pila de seis o siete volúmenes en las manos y teniendo la sensación de haber encontrado lo más cercano al ideal del Paraíso, me desplacé hacia el fondo de la sala. Un espacio dividido en dos amplias zonas: a la derecha, mesas de trabajo para los estudiantes y a la izquierda, un conjunto de sillones a la espera de voraces lectores.

De reojo advertí que esta última sección estaba casi desierta. Todavía no acababa de colocar los libros sobre una pequeña mesa cuando me fijé en un señor, guarecido como yo, en el rincón más lejano del paso de la gente. ¿Se parecía a Vargas Llosa o era un espejismo producido por mi sed literaria? Cuando el hombre enfrascado en la lectura se dio cuenta de que lo miraba, discretamente levantó su libro hasta el nivel de los ojos, ejerciendo el derecho de anonimato que todo enfebrecido lector reclama en la intimidad.



A la vuelta de unos minutos de paciente espionaje y contraespionaje, decidí vencer el miedo y me acerqué hasta su lugar. ¿Mario Vargas Llosa?, dije con un hilo de voz. Sí, me contestó con un doble gesto de incomodidad y asombro. ¿Me recuerda?, le pregunté. Meses atrás habíamos coincidido en una cena en su honor ofrecida por un amigo mutuo en la Ciudad de México. Ah, sí; ¡claro!, respondió. Disculpe el atrevimiento —declaré avergonzada— no sé si usted, que conoce París mejor que yo, sepa de alguna casa de huéspedes o de alguien que rente un cuarto.

De manera muy breve le expliqué mi situación.

En vez de zanjar la charla como cualquiera podría haberlo hecho —especialmente si no es agente inmobiliario y ha escrito *La guerra del fin del mundo*—, Vargas Llosa me comunicó que no conocía a nadie pero que iba a averiguar. Me escribió su número telefónico en una libreta y preguntó si no tenía planes de viajar pronto a España ya que en unos días tenía compromisos en Madrid y allá podríamos reunirnos para platicar.

Por supuesto que había pensado en Madrid. Trasladarme a España significaba un ahorro considerable mientras atinaba cómo resolver mi vida laboral. Además me atraía la posibilidad de entrevistar a Antonio Muñoz Molina quien, al margen de pertenecer al igual que Vargas Llosa a la Real Academia Española de la Lengua,

acababa de publicar un libro titulado *Pura alegría*.

Para ser sinceros, nunca esperé que alguien me resolviera la vida. El sólo hecho de exponer la necesidad de encontrar un lugar para vivir rebasaba mis límites de vergüenza. Me encantaba la idea de que la lectura en el anonimato nos hubiera puesto de frente. Sin embargo, con toda claridad reconocía que él no estaba obligado a ayudarme. Su reacción fue sensible y generosa. Días más tarde, la reunión tendría lugar en la madre patria para entablar una charla que, por sí misma, constituía uno de los mejores premios de la existencia.

TODO ENCUENTRO CASUAL ES UNA CITA

El viernes 16 de abril mi tren arribó en Madrid. Hablé por teléfono con Patricia, la esposa de Vargas Llosa, y quedamos en vernos pronto quizá para desayunar. El día 19 fuimos a la Casa de América, ya que el autor de *La ciudad y los perros* participaría en un homenaje a Octavio Paz, a un año de su muerte. Entre los asistentes recuerdo al español Luis Antonio de Villena, el historiador mexicano Enrique Krauze y a Jorge Volpi, quien días antes había recibido en Barcelona el Premio Biblioteca Breve por su novela *En busca de Klingsor*.

El 23 de abril, fecha en que se celebra el Día Mundial del Libro, Mario Vargas Llosa presentó, junto con el periodista Juan Cruz,

nada más y nada menos que la reedición de *Conversación en la Catedral* en el Círculo de Bellas Artes de Madrid.

Pero no fue sino hasta el martes 27 cuando por fin tuvo lugar el encuentro. Quedamos de vernos a la hora de la comida en el vestíbulo del lujoso Hotel Palace. Mario y Patricia bajaron de su habitación con toda puntualidad. Después de comer, Vargas Llosa asistiría a una reunión de la Real Academia Española de la Lengua, donde por cuestiones de azar ocupa la silla identificada con la “L” mayúscula. Letra que al escritor le fascina porque está relacionada con la palabra Libertad.

Conversamos sobre la escritura de libros gruesos y potentes, no sólo por su contenido sino por su tamaño —como las novelas totales que le apasionan a Vargas Llosa— para que, en caso de levantar la voz por una causa justa, también funcionaran como objetos amojadizos a la cabeza de un necio interlocutor.

Mientras yo bebía una copa de vino blanco y ellos sendos vasos de agua simple, él recordaba los siete “trabajos alimenticios” que tuvo que soportar para mantenerse antes de ser reconocido como escritor. Con el acento cantado, de una lengua materna que a más de sesenta y tres años seguía manando de su boca, Vargas Llosa enumeraba alegremente dichas ocupaciones, entre las cuales, la más increíble era la de levantar el censo de los muertos en un cementerio peruano.

EL VALOR DE LA DISCIPLINA

Un año antes, en 1998, el escritor había publicado *Cartas a un joven novelista* bajo el sello Planeta. Quizá por eso tenía en mente el consejo más importante para cualquier persona con afanes literarios serios: disciplina.

De pronto, me vino a la memoria un pasaje de la biografía de Vargas Llosa escrita por J.J. Armas Marcelo titulada *El vicio de escribir* (1991). En ella se decía que en una ocasión el editor Carlos Barral había llegado de improviso a la casa del joven Vargas Llosa en la calle Tournon, en París. Mientras el novelista trabajaba sometido a una férrea disciplina, Barral se tendió en el



© Rogelio Cordero

diván a tomar una siesta. Poco después, entre sueños escuchó que tocaban el timbre. Una voz femenina había llegado para liberar al escritor del yugo literario.

Para sorpresa de Barral, Vargas Llosa, imperturbable, le comunicó a la muchacha: “Estoy trabajando”, sin quitar la vista del texto que lo mantenía ocupado. Minutos más tarde, se volvió a escuchar la misma voz impaciente: “¿Qué haces? Vístete, que te vas a enfriar”. Y de nuevo, como un suplicio imparables y tantálico —refiere Armas Marcelo— sonó la máquina de escribir siguiendo un extraño ritmo de pulsaciones y silencios. La escena concluía en el tradicional portazo. Una intempestiva clausura a la fastidiosa visita que había tenido el escritor en pleno éxtasis creativo.

A decir de Armas Marcelo, el editor Barral tenía una teoría. Aquel episodio del desdén se debía a que a Mario Vargas Llosa sólo le interesaban las mujeres de su familia. Lo que pudo corroborarse cuando se casó con una tía política, Julia Urquidí, relación sobre la cual Vargas Llosa abundó en *La tía Julia y el escribidor*, novela publicada en 1977. Pese al escándalo familiar, la cosa no quedó ahí. Varguitas se divorció de su pariente y se casó por segunda vez, en mayo de 1965, con una prima hermana llamada Patricia. La misma Patricia que nos acompañaba en la charla del Hotel Palace. Madre de sus tres hijos y cómplice existencial, con quien a la fecha lleva cuarenta años de matrimonio. “Ni la memoria se limita a recordar, ni la imaginación inventa siempre”, es una frase que tengo escrita

en mi libreta de viaje. Ya no recuerdo los detalles exactos, pero antes de marcharse a su reunión en la Academia, Vargas Llosa relató el homenaje que los académicos españoles le rinden a Miguel de Cervantes cada 23 de abril. Se trata de una especie de misa de “cuerpo presente” en la que se apilan sobre un féretro todas las ediciones del *Quijote*. Desconozco si las oraciones son católicas o profanas, aunque la mera imagen es de enorme justicia poética.

UN FUTURO SIGNADO POR LOS LIBROS

Aquella tarde robada al mes de abril, los tres nos despedimos con gusto. El incansable admirador de Flaubert y Víctor Hugo, en vez de portafolios, transportaba sus papeles en una bolsa de plástico roja en la que sobresalía el característico logotipo de la cadena de restaurantes *Vips*. Quedamos en volver a comunicarnos al regresar a la capital francesa. Sin embargo, el siguiente encuentro nunca se concertó. Por motivos de salud tuve que regresar a México, sin saber qué me hubiera deparado una estancia más dilatada en París.

Todavía no estaba escrito, pero el hombre contradictorio y polémico, ése que el 10 de junio de 1990 había fracasado como candidato en las elecciones presidenciales del Perú, en el futuro cercano seguiría —con rigurosa disciplina— publicando novelas y agitando conciencias a través de sus ensayos políticos.

La guerra de los Estados Unidos contra Irak lo llevaría junto con su hija, la fotógrafa Morgana Vargas Llosa, a realizar una serie de reportajes periodísticos en Bagdad y sus alrededores. Además de debatir, imaginar, escribir y viajar por el mundo, la vida también le daría oportunidad de transmitir su pasión literaria al debutar como actor en la adaptación teatral de su ensayo *La verdad de las mentiras*, con la actriz española Aitana Sánchez-Gijón.

En plena efervescencia creativa, valga esta relatoría de hechos como sincero homenaje a Mario Vargas Llosa en su cumpleaños número setenta. Un hombre con defectos que, en la medida de lo posible, nunca ha echado en saco roto el placer de escuchar y conversar. **U**